

## PETROGLIFOS COLOMBIANOS (I)

*Flórez*—En esta población de Santander existe un jeroglífico que no lo han mencionado nuestros arqueólogos.

En el cuadro que presentó el gobernador de Vélez a la cámara de provincia, en 1836, hay estas líneas: «En la parroquia de Flórez he encontrado grabada sobre una peña la inscripción cuyo diseño os presento bajo el número 1. No me es dable hablar con fijeza acerca de la clase de jeroglíficos a que pertenecen sus caracteres. Ellos se asemejan a los llamados *figurativos*, y los he estimado de bastante importancia para remitir una copia, ejecutada por un hábil artista de Bogotá, a la regia sociedad de Londres. Puede suceder, que esa erudita corporación descifre en tan raro monumento circunstancias aclaratorias de los arcanos de nuestros antecesores en esta tierra y útiles a sus actuales moradores».

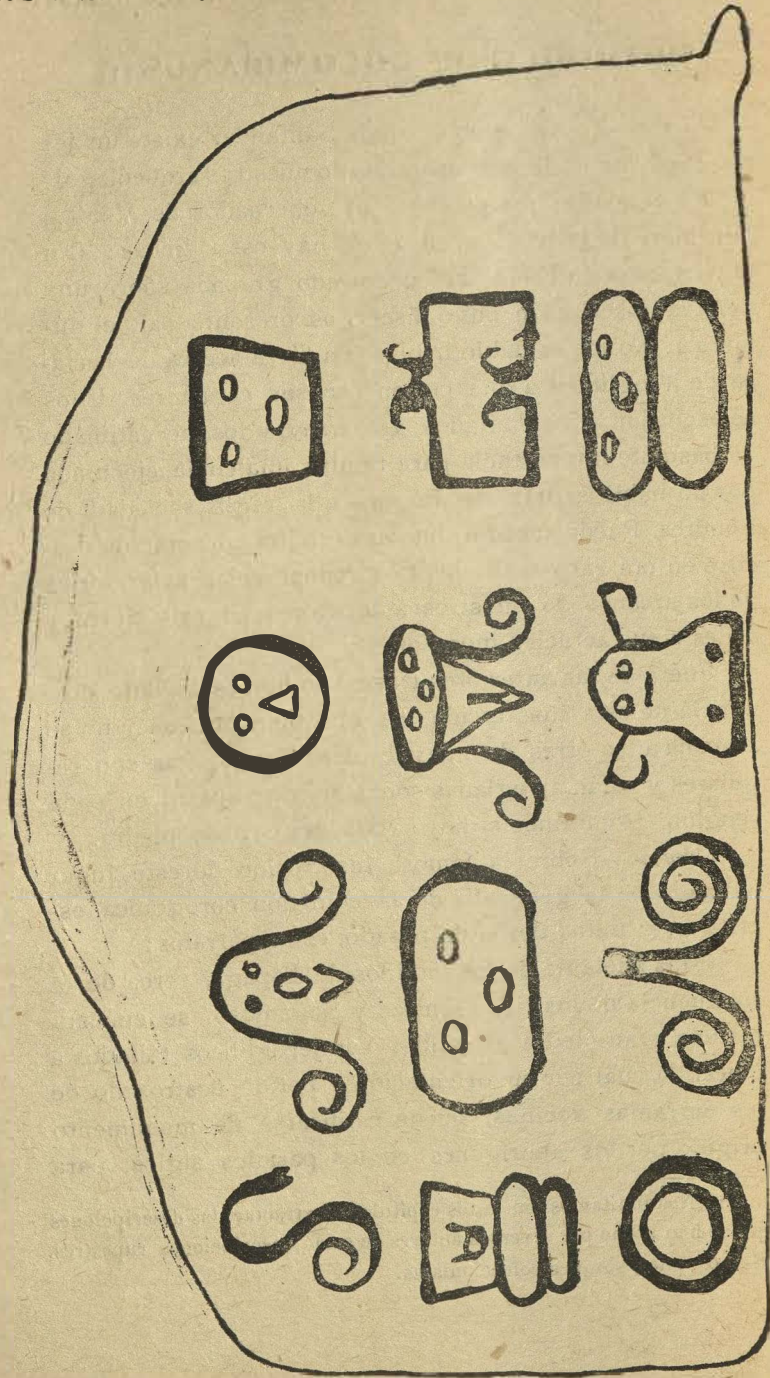
Fuéra de las anteriores frases no hemos hallado otra noticia de esta inscripción. Es ella bien curiosa y no se asemeja a las otras de nuestro país. Sus figuras son regulares y están arregladas con simetría: cuatro en cada renglón. Ignoramos si hoy exista esa curiosa piedra.

*Gámeza*—Sobre la famosa inscripción de este lugar hallamos en la geografía de la comisión corográfica, escrita en la mitad del siglo pasado, estos párrafos:

«Más adelante de los molinos de Tópaga, cerca de la confluencia de los ríos Gámeza y Sogamoso, se encuentra una gran piedra piramidal con jeroglíficos tallados a cincel, la cual por su orientación y por lo destrozado de las serranías vecinas, puede calificarse de monumento erigido por los aborígenes en los pasados siglos, para

---

(1) Nos limitamos en estos capítulos a extractar las descripciones que se han hecho por diversos autores de estas inscripciones rupestres. Somos, pues, simples coleccionistas.



PETROGLIFO EN FLOREZ (SANTANDER)

conmemorar las terribles catástrofes producidas por el desagüe repentino del extenso y profundo sistema de lagos que cubrían el país desde Paiba hasta Tópaga, y desde Pesca hasta Sogamoso». (Pág. 257).

«En la confluencia del Gámeza y el Sogamoso, muy cerca de la rotura del último dique, en medio de una muchedumbre de rocas desprendidas y precipitadas desde lo alto de un cerro estratiforme sobre la vega septentrional del río, a 2,476 metros de altura, es decir, 93 metros más abajo del límite occidental de la inundación, se encuentra una roca de arenisca micácea, de 8 metros de largo y 6 de alto, en forma de pirámide aplanada contra las dos caras laterales, y una de las caras principales orientada hacia la rotura antedicha. Numerosos caracteres y jeroglíficos esculpidos a cincel la cubren. Allí está repetida muchas veces la rana perfecta, símbolo de abundantes aguas, según la explicación que el erudito granadino Duquesne hace del calendario chibcha; allí hay figuras de hombres con los brazos levantados en actitud de huir; allí, en fin, signos cuya significación se ignora, pero que sin duda relataban las circunstancias del memorable suceso. Existía, pues, un pueblo testigo de aquellos acontecimientos y bastante civilizado para levantar un monumento que eternizara su recuerdo y que siglos después ha servido de incontestable confirmación de las deducciones a que el estudio geológico del país conduce al viajero. La relación del martirio de los pueblos barridos entonces de la haz de la tierra, quedó sepultada en la destrucción del templo de Sugamuxi por los conquistadores castellanos; la piedra de Gámeza es un monumento mudo para la historia indígena, pero elocuente para la geognosia.» \* (Pág. 265).

\* En la Peregrinación de Alpha está insertado este párrafo y termina así: «mudo para la historia indígena pero expresivo para el observador y elocuente para el geólogo». Probablemente lo corrigió el mismo Codazzi, autor de dicha geografía.

«Cerca del Gámeza, en la confluencia de los ríos Gámeza y Sogamoso, hay una piedra, antiquísima, con jeroglíficos y grabados». (Pág. 271).

*Los Santos*— Sobre estos jeroglíficos dice el señor Otero D'Costa, en su *Cronicón Solariego* :

«En lo referente a trabajos pictóricos, nos dejó la nación de los Guanes muestras bien notables. Las más importantes de ellas encuéntranse en la Mesa de Géridas, donde puede verse en una gran laja que orillea a la quebrada de *La Fuente*, y una apreciable cantidad de dibujos caprichosos trazados sobre la piedra con cierta pintura color de ocre, que tiene la particularidad de que estando casi borrada, revive al arrojársele agua. Vimos esos curiosos jeroglíficos cuando teníamos edad poco propicia para esta clase de observaciones, y por tanto apenas conservamos el vago recuerdo de haber descubierto, entre las muchas figuras que contenía la laja, una que recordaba algo así como la silueta de un perro, y otra que se mostraba a manera de balanza.

No rememoramos que en descripciones de esta clase de curiosidades nacionales se haya mencionado una cantidad tan grande y variada de figuras como la que vimos en *La Fuente*, y sería en extremo interesante que algún día la pudiera estudiar persona idónea y de penetración, para ver si algo puede sacarse en limpio sobre los ritos, costumbres o rasgos históricos de un pueblo ya desaparecido y que alcanzó a un grado relativo de civilización, bastante elevado. El hallarse las pinturas en los mismos sitios donde se asentó la capital del cacicazgo de Guane, les da un interés y un valor especialísimos.

También deben existir en la Mesa de Géridas otros dibujos no menos curiosos, si hemos de guardar como verídica la siguiente descripción que de ellos nos hace Fray Alonso de Zamora :

‘En la provincia de Guane, en los indios de Tocare-

gua, está una losa de dos varas y media de alto y dos de ancho, algo encajonada en la tierra, en que están tres figuras de hombres de medio relieve, con un mismo género de vestidos, como indios o apóstoles; el que está en medio tiene barba, sandalias, y un libro, y a los pies cinco renglones que no se entienden por ser de letras no conocidas’.

Los trajes con que representan a los apóstoles, son muy similares a los que usaban los indígenas; los guanes vestían una manta larga que les caía a manera de túnica, y como una especie de capa o manto (liquira); usaron también, lo mismo que las chibchas, los cabellos largos y partidos en forma de nazarena. Muy bien hacía, pues, Zamora, al recordar en tal indumentaria la de los apóstoles.

Para nosotros, aquellas tres figuras deben corresponder a la de personajes indígenas, y la de las luengas barbas, antojáseos la representación de Chimizapagua, Nemterequeteba, Xue o Bohica, que con esos nombres llamaron los indios a aquel misterioso reformador venido del lejano oriente a civilizar a los indios chibchas, y que llevó sus correrías hasta la provincia de Guane, donde, según Simón, existían «muchas noticias de él».

Usaba el viajero una lueña, larga cabellera, y vestía una túnica que le caía hasta los pies y una manta a guisa de capa que se anudaba sobre el hombro derecho, por cuyo traje llegó a suponer Zamora fuese aquella la personalidad de Santo Tomás, apartándose en esto de la opinión de Piedrahita, quien cree que el apóstol venido al Nuevo Mundo fue San Bartolomé.

Si el estudio de las figuras que se hallan en las rocas de *La Fuente* parece interesante, más lo parece el de esta losa, que debe referirse, como lo dejamos supuesto, a la teogonía chibcha, y cuyo paradero no creemos difícil de hallar. Anotaremos de paso que tal vez los dibujos de

esta piedra fueron los que hicieron cambiar el nombre de Mesa de Géridas por el de Mesa de Los Santos, como hoy se llama, y el de la quebrada de Tocaregua por el de quebrada de Los Santos, amén de haber impuesto también ese nombre al poblado que hoy conocemos con el nombre de Los Santos, fundado en 1750». (*Boletín de Historia*, t. XIV, p. 81).

*Leiva*—Cerca de esta población y hacia el río Sutamarchán, en la vereda de *El Salto y Lavandera*, se hallan unos jeroglíficos que describa así el señor P. Sáenz:

Consiste el notable monumento chibcha en dos grandes piedras: plana la una en su parte superior, como una tallada mesa, y tiene por diámetro cuatro metros; y la otra, más regular, severa, afectando una forma piramidal.

En los contornos de ambas se ven varios conjuntos de jeroglíficos, grabados como a cincel, algunos de los cuales han ido desapareciendo con la acción del tiempo y con las capas de musgo que tratan de borrar esa página valiosa, aunque indescifrada, de nuestra prehistoria nacional.

Los grupos más visibles permiten adivinar ora la representación del cuerpo humano con los brazos abiertos y levantados; ora la imagen del sol, su más excelsa divinidad; ora la silueta de la rana, con la cual parece simbolizaron la abundancia de las aguas; ora el estandarte, signo de la guerra, y la flor, emblema de la agricultura; ora, en fin, manos abiertas, momias y cráneos humanos, todo lo cual nos dice de sus costumbres y de su religión, de sus ritos fúnebres, de sus ideas y de su grado de adelanto en relación con los otros pueblos del continente. En medio de esas representaciones hay variedad de líneas caprichosas, como imitación de figuras geométricas, interpretativas tal vez de incomprensibles atributos. Las piedras se hallan orientadas hacia el lago de Fúquene, y en torno de ellas aparecen excavaciones,

más o menos recientes, hechas, sin duda, con el propósito de buscar tesoros imaginarios. A corta distancia del monumento existen dos cementerios de indios, de los cuales se han extraído, en poca cantidad, oro y esmeraldas.

Parece que en sus migraciones los indios dejaban esculpidas en las piedras, las huellas de su paso y el indicio del desarrollo de sus energías mentales».

E. POSADA

---

### La destrucción de los bosques en Colombia

En los meses de octubre de 1923 a mayo de 1924 he viajado en grandes extensiones de las Repúblicas de Méjico, Guatemala, Salvador, Nicaragua, Costa Rica, Panamá y Colombia, las cuales yo había conocido (con excepción de la última) bien durante los años de 1888 a 1900. Al visitarlas de nuevo en mi último viaje, me llamó muchísimo la atención que durante los veinticinco años de mi ausencia la disminución de los bosques ha sido enorme, y penetrando al interior de Colombia he comprobado que aparentemente lo mismo había pasado en aquellas regiones recorridas por mí ahora. No cabe duda que la disminución de los bosques no solamente significa un cambio brusco y completo del paisaje, sino que muda también en muchos casos completamente las condiciones climatológicas, hidrológicas y biológicas de las regiones respectivas.

Para comprender bien estos cambios importantísimos hay que analizar los diferentes fenómenos naturales que influyen en los mismos. Hay que tener en cuenta que todas las funciones físicas de los bosques vírgenes se concentran en primer lugar en la conservación del suelo y de su